

Título: Investigar la alteridad en el campo de las Ciencias Sociales

Magali Milmaniene

Lic en Filosofía UBA/CONICET*

milmaniene@fibertel.com.ar

Eje analítico: conocimientos –saberes

Resumen

Las transformaciones del mundo contemporáneo relativas a la globalización y regionalización han tenido múltiples efectos. Por un lado, se produce una progresiva homogeneización de las sociedades, pero por el otro, se afianza, en tensión, la afirmación de los particularismos. Si bien, la brecha entre las sociedades ha disminuido, la presencia de identidades en el interior de los Estados se ha incrementado, dado que las minorías alcanzaron visibilidad política y cultural.

Ahora bien, ¿cuales son las problemáticas que devienen de la tensión emergente entre lo universal y lo particular?

En el campo de la investigación se evidencian dificultades en dialectizar estas oposiciones. Las cosmovisiones eurocéntricas que infiltran la investigación, tienden a reproducir imágenes distorsionadas de las culturas que integran las configuraciones estatales. Se suscitan así, nuevos desafíos que conminan a proteger a los grupos que forman parte de las investigaciones. El presente trabajo se orientará a la discusión de algunos aspectos éticos referidos a la alteridad en el campo de la investigación en Ciencias Sociales. Para ello, se tomarán como ejes:

- a) los procesos históricos y socioculturales en la investigación,
- b) el lugar del participante y el cruce de las identidades en la investigación,
- c) los aspectos ético- políticos que se refieren a la finalidad del conocimiento producido, su aplicación y sus efectos sociales.

* Docente de la Cátedra II Psicología, ética y Derechos Humanos (UBA) Becaria de Posgrado CONICET.

Jornadas Instituto Gino Germani 2009

Investigar la alteridad en el campo de las Ciencias Sociales

Lic. Magali Milmaniene

UBA/CONICET

1. Los cambios globales y la diversidad cultural

Las transformaciones políticas y económicas del mundo actual, relativas a los procesos de globalización y regionalización, han producido diversas consecuencias en los diferentes dominios de la vida.

Así, la rápida homogeneización de las sociedades ha originado, paradójica y reactivamente, una marcada tendencia hacia la reivindicación de las *diferencias*, que se expresa en la reafirmación de los localismos, de los regionalismos y aún de los nacionalismos en el interior de los Estados- Nación.

Sumado a esto, los crecientes procesos migratorios desafían los marcos institucionales y abren espacios disruptivos, no previstos por los diversos sistemas, ya sea en plano cultural, educativo o sanitario.

En este sentido, las dinámicas étnicas, tanto locales como planetarias, han puesto en escena conflictos que manifiestan la fuerte impronta de la etnicidad en los procesos sociopolíticos de la realidad contemporánea.

Una multitud de rostros reprimidos e históricamente invisibilizados, que comienzan a incorporarse a la esfera pública, manifiestan la riqueza y diversidad de la experiencia humana.

En algunas circunstancias, las minorías deben recurrir a la violencia para hacer oír sus demandas y reclamos, debido al desconocimiento y a la rigidez de los aparatos políticos que los contienen y reprimen. Otras veces, los combates por la reivindicación y el reconocimiento, se producen en otras áreas, tales como la académica, la política o la económica.

Sin embargo, más allá de sus modos de expresión y canalización de sus demandas, la presencia de la *etnicidad* resulta entonces un hecho innegable de nuestro tiempo, y ello conlleva un renovado interés por abordarla y aprehenderla, la cual empero continúa siendo sistemáticamente objeto de rechazo y de negación histórica.

Ahora bien, ¿cuáles son las problemáticas que devienen de la tensión emergente entre lo universal y lo particular?

Desde el campo teórico, se plantea también la imposibilidad misma de seguir refiriendo a un centro trascendental las expresiones concretas y finitas de la subjetividad, lo que hace imposible centrar nuestra atención a la multiplicidad como tal. En palabras de Laclau,

... “la muerte de la muerte del sujeto”, la reemergencia del sujeto como resultado de su propia muerte; la proliferación de finitudes concretas cuyas limitaciones son la fuente de su fuerza. La comprensión de que puede haber sujetos porque el vacío que “el sujeto” tenía que colmar era imposible de ser colmado:” (Laclau, 1996; 45)

Se trata así, de la explosión y multiplicación de nuevas identidades étnicas y nacionales, tanto en Europa del Este como en Europa occidental, mediadas por luchas en torno a la autoafirmación y reconocimiento identitario.

Efecto de ello, se asiste a un progresivo y reiterado interés académico por los múltiples grupos y minorías, las que ya desde hace un tiempo transitan un proceso sostenido de visibilización. Se evidencia, en este sentido, un aumento de las investigaciones basadas en las etnografías, que abordan las relaciones entre los migrantes, los profesionales y las instituciones; así como también, se desarrollan análisis en torno a la construcción de significados culturales, que incluyen e integran la complejidad de las identidades múltiples en las sociedades modernas.

Estas investigaciones portan una importancia radicalmente significativa puesto que permiten proporcionar no solo a la colectividad académica sino a la propia comunidad nacional, imágenes menos distorsionadas de las culturas que integran las multiétnicas configuraciones estatales.

Ahora bien, el afán teórico por comprender y aprehender al Otro, supone, entre otras cuestiones, una paulatina aceptación de su existencia culturalmente diferenciada.

Tal como afirma Bartolomé (2004), el conocimiento de las culturas nunca podrá ser agotado del todo puesto que entender una cultura alterna requiere el esfuerzo de muchas generaciones y de fuertes cambios sociales valorativos.

Asimismo, se debe pensar en modos alternativos de estudio e investigación de la diferencia, para no recaer en posiciones que supongan una reactualización de distintos modos de dominación y discriminación.

Desde la filosofía, mencionaremos los aportes de Emanuel Levinas, quien abandona las “filosofías de la totalidad”, que han dominado el pensamiento occidental, para incorporar la noción de “excedencia de la exterioridad” (Bonilla 2006). Levinas retoma éste concepto para indicar cómo, en el interior de esta tradición totalizante se

produce un quiebre y una apertura hacia una sustitución de la ontología por la ética y en consecuencia, el otorgamiento a ésta última del rango de filosofía primera.

De allí surge la noción de la “ética de la responsabilidad”, la que sostiene como axioma esencial la centralidad de la extrema vulnerabilidad del Otro. En consecuencia, todos los seres humanos están obligados a hacerse cargo del Otro, en razón de su vulnerabilidad constitutiva.

De modo que más allá de los universales de la razón y de la política, se impone el cuidado responsable y hospitalario por la fragilidad del Otro, encarnada en las cuatro figuras paradigmáticas de la Biblia: la viuda, el pobre, el huérfano y el extranjero.

Las ideas formuladas por Levinas marcan entonces una ruptura con las concepciones tradicionales acerca del sujeto de la ética occidental.

Estas últimas entonces suelen tomar como punto de partida de su reflexión una concepción idealizada de los sujetos en tanto seres autosuficientes y autónomos, tal como lo postula la tradición kantiana, que suele considerar al sujeto de modo aislado de las condiciones socio-históricas que lo determinan. Como consecuencia de ello, se tiende a ignorar la naturaleza social de los sujetos y la importancia del Otro en la constitución identitaria de la persona, vale decir, se sostiene una concepción ahistórica, individualista y universalista de la subjetividad.

En la misma dirección la *Ética de los principios* -elaborada por Beauchamp y Childress- usualmente utilizada para pensar los diversos dilemas éticos en la investigación, formaliza esta tradición occidental autonomista, en una serie de principios que orientan las decisiones éticas.

Tal como señala Alcira Bonilla (2006) se trata en definitiva de una visión unilateral de la ética, puesto que la responsabilidad y la moralidad parten de una definición que se limitan al *si mismo*, que redundan en el olvido del Otro, aún cuando se exprese bajo el imperativo categórico kantiano.

De hecho, la idea de responsabilidad social que encierra este imperativo categórico, está orientada a nuestro compromiso por las acciones y obligaciones, y no por la sensibilidad y la identificación con el Otro.

La apertura genuina hacia el Otro (que en nuestros tiempos es el migrante como sujeto paradigmático de la radicalidad con que se nos puede presentar el Otro) se debe pensar desde la perspectiva que implica la vigencia de las tramas sociales y las experiencias que devienen de la presencia de la alteridad.

Ahora bien, a continuación se desarrollarán algunos aspectos relacionados con las investigaciones acerca de la alteridad, los que frecuentemente quedan relegados de la reflexión filosófica, en beneficio del mantenimiento y la perpetuación de una ética autonomista.

Se trata de pensar a la investigación no solamente como un instrumento para el análisis y el conocimiento de las culturas, sino también como un recurso para el diálogo intercultural, donde los procesos de conocimiento estén signados por una ética de la responsabilidad y un reconocimiento de las diferencias.

2. El campo de la investigación y la alteridad.

Así, en el campo de la investigación se evidencian dificultades en dialectizar el encuentro entre la Mismidad y la alteridad. Las cosmovisiones eurocéntricas, que infiltran la investigación, tienden a reproducir imágenes degradadas de las culturas no hegemónicas, que integran las configuraciones estatales.

Así, las investigaciones biomédicas continúan inscribiéndose en un “*paradigma etnocéntrico*”, en la medida en que olvidan la alteridad, así como las diferencias culturales, elaborando explicaciones fundadas en un pensamiento unívoco y centralista, sin considerar los saberes populares y la singularidad de sus concepciones socio-simbólicas. Esta tendencia se ha ido acentuando a lo largo de la historia, tomándose cada vez más distancia con el contexto social y cultural donde se generan las enfermedades a las que se trata de estudiar, prevenir y curar. De este modo, se han elaborado explicaciones con pretensiones de universalidad, las que generalmente coalicionan con los esquemas de sentido común y con los saberes tradiciones y ancestrales de una población. En tal sentido, Josep Comelles, al referirse al nacimiento de la clínica moderna, concomitante con el del Estado Liberal, muestra:

“En este periodo desapareció el valor del contexto – el del medio, la sociedad, y la cultura del enfermo y de la enfermedad -en la práctica clínica, quedando el cuerpo desnudo del paciente en la mesa de exploración o el del cadáver en la de autopsias en busca de la utopía de una práctica técnica que condujese a una toma de decisiones racional.”(Comelles, 2004: 17)

Un hecho similar ocurre en las investigaciones psicológicas, que se han visto influenciadas por una ideología positivista, que replican generalmente el *modelo biomédico*, al modo del *modelo médico hegemónico* (E. Menéndez), fundado en un análisis del sujeto supuestamente aislado y ajeno a los efectos de las determinaciones socioeconómicas y étnicas que modelan su existencia. Para evitar estos obstáculos

epistemológicos, el desafío de la *investigación en psicología* ha de centrarse en recuperar la multiplicidad de creencias, configuraciones y cosmovisiones a fin de lograr un saber más acabado de la vida humana, que incluya todas aquellas significaciones particulares vinculadas a la estructura socio-cultural de los pueblos. Por ello, la necesidad de un modelo que, fundado en sólidos axiomas éticos y distantes de todo relativismo moral, pueda otorgar relevancia a las diferencias y las variables simbólicas. Sólo desde esta perspectiva, se puede aprehender al hombre en situación, desde el horizonte de su tiempo histórico, más allá de generalizaciones abusivas basadas en la hegemonía valorativa de un modelo único, sostenido habitualmente en auto-referencias etnocéntricas.

Si bien los códigos de ética tales como Nuremberg (1948), Helsinki (1964), entre otros, constituyen elementos de protección y de reivindicación de los derechos en una investigación, éstos resultan insuficientes si se los despoja de las variables culturales. Precisamente, en la mayoría de los códigos no se evidencia una genuina preocupación por la *diversidad cultural*, al plantear exclusivamente los derechos en términos de un sujeto universal separado de sus particularidades étnicas, culturales, religiosas, tradicionales o idiomáticas.

3. Los procesos históricos y culturales de los pueblos

Toda investigación debiera pues apostar a la consideración de los procesos históricos, culturales y psicológicos que subyacen y marcan a cada comunidad étnica. Conocer ésta dimensión esencial permite comprender e inscribir las prácticas actuales de determinados grupos en el contexto sociohistórico constitutivo de su existencia.

Respecto a la consideración de la *diferencia* de los *grupos étnicos*, la Argentina estuvo atravesada por el desconocimiento de la diferencia étnica, mediante políticas de homogeneización cultural e ideológica de la población. Como señala Alejandro Grimson:

“En la Argentina hubo un proceso de desetnización por el cual “la Nación se constituyó instituyéndose como la gran antagonista de las minorías”. Las personas étnicamente marcadas fueron presionadas por el Estado “para desplazarse de sus categorías de origen para, solamente entonces, poder ejercer confortablemente la ciudadanía plena”[...] “(Grimson 2006:72).

La presión del Estado para que la nación se comporte como una única unidad étnica, generó que toda diferenciación o particularidad étnica fuera percibida como negativa o

perturbadora del proceso de integración nacional. De modo tal que la “etnicidad” en todas sus expresiones resultó institucionalmente desalentada o aún combatida.

Y aquí es importante interrogarnos sobre las competencias de los sujetos y las instituciones: ¿Están preparados los servicios de salud para asistir adecuadamente a los integrantes de las diversas etnias? ¿Los investigadores tienen las herramientas conceptuales para aproximarse a las cosmovisiones que escapan a las hegemónicas?

Insistimos, la emergencia de los migrantes y de las minorías étnicas y su visibilidad en la esfera pública, incide en la necesidad de producción de nuevas herramientas para su investigación.

De hecho, la alteridad entendida como una *exterioridad radical* interpela a la ética de la investigación y la conmina a reflexionar críticamente sobre los modos de producir conocimiento acerca de las formas de socialización y el rol que ocupan los participantes. Cabe destacar que algunas de estas reflexiones ya han sido planteadas en el campo de la antropología bajo la *noción de la descolonización de saberes*.

Recordemos así, que el *pensamiento poscolonial* surge a partir de la condición histórica de los países liberados de su dominación colonial después de la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, se ha pretendido subvertir la desvalorización histórica de los pueblos ocupados, que se los despreciaba y no se consideraba su “existencia culturalmente diferenciada”.¹

A partir de los *estudios de subalternidad*, originados en la India, se revaloriza a las diferencias, proceso a través del cual se intenta zanjar y teorizar comprensivamente la situación de subalternidad.

Entonces el *cuestionamiento de la colonialidad del saber* producido por Occidente, tiene por objetivo la búsqueda de “descolonización” de las Ciencias Sociales. Se deben concebir pues, otras maneras de producir conocimientos científicos, a partir de un análisis crítico de las formas hegemónicas de generación del saber, merced a la configuración de herramientas analíticas que puedan dar cuenta de ese objetivo. Un punto central en la investigación poscolonial, consiste en luchar como dice Mignolo, por un *dislocamiento del locus de enunciación* desde el Primer hacia el Tercer Mundo. Es decir, se trata de una relocalización de los saberes desde el centro europeo hacia zonas periféricas, hacia los “bordes”, esto es, se debe teorizar en/y desde las “zonas inhóspitas” y desérticas del pensamiento humano. La relocalización del

¹ Cfr (Bartolomé, 2004)

saber supone poner a dialogar epistemologías muchas veces complementarias y hasta opuestas para poder obtener una visión pluralista del mundo.

La perspectiva poscolonial, implica, en definitiva, el reconocimiento del posicionamiento geopolítico de todo conocimiento, así como la aceptación del rol constitutivo jugado por la historia y por el lugar en la construcción de cualquier discurso. Se trata de recuperar la localidad, puesto que sólo instalados en algún lugar podremos pensar como sujetos autónomos. Estas ideas nos conducen a debatir ahora los aspectos políticos de una investigación:

4. Los aspectos políticos de las investigaciones

Es de vital importancia que los investigadores se cuestionen a priori al servicio de quien se producirá el conocimiento, y que impacto tendrá en la comunidad determinada investigación. Debemos plantearnos quienes son los verdaderos y legítimos destinatarios de ese saber, así como también la finalidad con que se produce el mismo. Resulta fundamental dilucidar si un proyecto de investigación está al servicio de mejorar las condiciones de una comunidad o sólo sirve a los efectos de una mayor rentabilidad económica de determinados grupos.

Así, a modo de ejemplo, en las investigaciones con los pueblos originarios, esta cuestión resulta crucial, dada la fuerte impronta que les ha dejado una trágica historia de destrucción y de explotación de aquellas poblaciones. De hecho, a lo largo de la misma se dieron numerosos casos de abusos con comunidades a las que sometieron a exhaustivas investigaciones, con alto costo subjetivo, económico y comunitario para las mismas, sin beneficio alguno para ellas. Muchos académicos, que han recolectado datos y producido conocimiento, nunca más volvieron a las reservas para socializar y compartir ese saber producido con quienes en definitiva son sus legítimos propietarios. Estos grupos han sufrido pues una verdadera “explotación investigativa”, que además desconoce las particularidades de campo, por lo cual también adolecen de ciertas extrapolaciones universalizantes abusivas.

Esto es efecto de ciertas representaciones prejuiciosas en torno a los pueblos originarios que han circulado en los imaginarios sociales a lo largo de la historia, y que a su vez son herencias de cronistas y viajeros del siglo XIX. La imagen de un ser primitivo, exótico y fusionado con la naturaleza, responde a un prejuicio compartido por la sociedad. En este sentido, tal como afirma Levi Strauss, las ideas y conceptos en torno a la superioridad occidental en relación al indígena, indefectiblemente condicionan la

manera de cómo nos vamos a relacionar y aproximar a la comunidad abordada impregna todas las investigaciones, a la vez que supone una seria defección ética.

Y aquí es importante aportar una revisión de los aspectos políticos *per se* y se nos plantean algunos interrogantes: ¿Cuál es el rol político que ocupa el conocimiento producido por una investigación? ¿Este producto posibilita y genera prácticas democráticas o bien funciona como un instrumento ideológico para perpetuar políticas de dominio o explotación?.

Se trata de que la comunidad científica elabore una reflexión crítica en torno a la producción del conocimiento acumulado y la forma en que éste fue utilizado a lo largo de la historia por los Estados. Recordemos que en nombre de un supuesto “avance” de la ciencia y la tecnología, los Estados han movilizado recursos para realizar investigaciones con fines espurios y aberrantes, tal como lo evidencian las investigaciones ‘médicas’ nazis o el abuso a poblaciones indígenas y de color, que derivaron en crímenes aberrantes y delitos de lesa humanidad.

5. A modo de conclusión: Los desafíos éticos de la investigación

La ética de la investigación demanda que el investigador acompañe la descripción de sus hallazgos e interpretaciones, con un relato reflexivo acerca del proceso de conocimiento por él atravesado durante la investigación.

Tal como se ha señalado a lo largo de este trabajo, es preciso insistir en el posicionamiento epistemológico y ético del investigador durante todo el proceso de investigación. La idea de *reflexividad propuesta por Bourdieu* es la que puede orientar la búsqueda de la autocrítica de la tarea del investigador así como el cuestionamiento de la validez y legitimidad de los conocimientos producidos.

Se trata también, de indagar cuales son los modos y las posibilidades del “subalterno” y “del investigado” de subjetivarse autónomamente, y poder transformarse de este modo, en coparticipante y coproductor del conocimiento. Inspirados en Gadamer, sostenemos que se debería erradicar definitivamente una “*lógica del exotismo*” y de reubicar al investigador en el campo social y ético donde se reconoce la plena agencia de los actores.

En definitiva, se debe reivindicar la pluralidad de posibilidades de representar el mundo, y mostrar cómo cada representación, narrativa o discursiva, lo constituye de una manera diferencial. Para ello resulta ineludible:

- Problematizar las interacciones culturales y políticas, acontecidas entre el investigador y el grupo o la comunidad estudiada.

- Abandonar las pretensiones totalizantes, teniendo en cuenta, las fracturas, las contradicciones y las múltiples perspectivas sobre los hechos.
- Recrear la pluralidad de voces que proliferan en los distintos discursos.

Desde una perspectiva ética, la elección del tema de investigación deberá estar estrechamente ligada a las necesidades de los grupos o las comunidades con las cuales deseamos trabajar. En tal sentido, debemos interrogarnos acerca de si el esfuerzo sirve a los fines de la transformación creativa de la realidad sobre la que operamos, o bien por el contrario, responde exclusivamente a necesidades propias de la investigación.

Entonces, el investigador debe conocer a priori las características singulares del grupo sobre el que habrá de operar, y debe “ponerse en situación”, es decir, familiarizarse con los aspectos lingüísticos, culturales y tradicionales, no con el afán de dominar o imponer su ideología -tal como aconteció, por ejemplo, con las culturas precolombinas por parte de los colonizadores europeos- sino por el contrario con el deseo de acceder de modo respetuoso al universo en el que habita el grupo participante de una investigación.

Queremos destacar que toda investigación será más fructífera y se inscribirá en el universo ético, en la medida en que los sujetos o grupos sobre los que opera la misma, colaboren autónomamente con la misma con “conocimiento de causa”.

Se hace indispensable, pues, indagar y conocer al sujeto que participa de nuestras investigaciones, respetando sus características individuales y colectivas, y constituyéndolo como copartícipe activo dotado de voz, capaz de decidir y de participar plenamente en las investigaciones en cuestión (Montero, 2006). El conocimiento se produce en una red de relaciones, y es deseable por tanto que los investigadores tanto como los participantes se articulen en torno a un proyecto libremente consentido y compartido. Vale decir, los métodos científicos deben tomar en cuenta la capacidad de los sujetos coparticipantes en el proceso investigativo para reconocer y proyectar sus propias formaciones de identidad. En palabras de Bartolomé:

La legitimidad del conocimiento adquirido no es ahora sólo objeto de análisis y crítica por parte de la comunidad académica, sino también por aquellos que protagonizan la vida que pretendemos exponer en nuestros escritos.(Bartolomé, 2004:72)

Se trata de democratizar y desacralizar la producción de conocimiento fundamentalmente en lo que concierne a temas cuyos resultados implican a los participantes y a la sociedad en su conjunto

En suma, alertamos pues tanto sobre el uso de la investigación al exclusivo servicio de las políticas e intereses de los investigadores más allá de las necesidades de los grupos o sujetos pasibles de estudio, así como sobre las universalizaciones abusivas que desconocen las singularidades y particularidades de éstos.

Siguiendo los aportes de Levinas, las investigaciones entonces deberían llevarse a cabo desde un compromiso ético- político hacia los seres humanos. Investigar no debe limitarse a ser una práctica de producción de conocimiento, sino que significa esencialmente comprometerse con la transformación redentora de las condiciones de quienes sufren. Tal como nos enseñaba Levinas, es el rostro del Otro que desde su altura nos conmina a hacernos cargo de su dolor desde su fragilidad constitutiva, y nos impone un mandato de responsabilidad y cuidado por la alteridad. Ese Otro está representado por el extranjero, la viuda y el huérfano, pero también y fundamentalmente por el colonizado, el esclavo, el inmigrante y por todo aquel que sufre sumergido en la indefensión. Este compromiso y esta responsabilidad por la otredad son los que definen *mi subjetividad*, no ya como ser *para-si*, sino como *ser para el Otro y con el Otro*.

En palabras de Levinas,

La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe y que, humanamente no puedo rechazar. Yo no soy intercambiable, soy yo en la sola medida en que soy responsable.²

Es entonces, desde la experiencia del dolor y la compasión, que se constituye el punto de vista desde el cual se pueden practicar investigaciones que contribuyan al progreso científico de la humanidad, evitando que los investigadores sean agentes sádicos de una concepción totalitaria y autoritaria del mundo, que utiliza al semejante cosificado como mero instrumento de su poder.

El desafío actual, consiste en robustecer las concepciones que sostienen la ética de la responsabilidad y de la diferencia, respetuosa de los particularismos y las singularidades étnicas y socio-culturales, de modo tal que las investigaciones científicas se encuadren en el marco protector que ofrece una sólida normativa socio-simbólica, asentada en la Ley.

6. Bibliografía consultada

-Bartolomé, M.A. *En defensa de la etnografía. Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural*. En: "Revista AVA", N5 Mayo 2004, Posadas, Misiones.

² Levinas, E. (1991:95-96)

- Bonilla, A. “¿Quién es el Sujeto de la Bioética? Reflexiones sobre la vulnerabilidad” en Losoviz A., Vidal, D. y Bonilla, A., (Comp.): *Bioética y Salud Mental*, Bs. As. Akadia, 2006, pp. 73-78.
- Comelles, J.(2004). “El regreso de las culturas” en: Juárez Fernández, G. (comp.) *Salud e Interculturalidad en América Latina*, Quito, Abya Yala.
- Clifford, J (1990). *Itinerarios Transculturales*, Gedisa, Barcelona.
- Grimson, A., Jelin, E.(comp.)(2006), *Migraciones regionales hacia la Argentina*, Buenos Aires.
- Laclau, E.(1996) *Emancipación y diferencia*, Barcelona, Ariel.
- Lander, E. (1991) *Modernidad y Universalismo. Pensamiento crítico: un diálogo interregional*, 1, CEAL
- Levinas L. (1991) *Ética e infinito*, Madrid. Visor
- Mignolo W. (2007) *La idea de América Latina*, Barcelona, Gedisa.
- Montero M. (2006) *Hacer para transformar*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Wright, P. (1995) “El espacio Utópico de la Antropología: Una visión desde la Cruz del Sur” en: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 16, (191-204)
- Wright, P. (2008) *Ser-en-el-sueño, Crónicas de Historia y vida toba*, Bs As, Ed. Biblos.